

cuanto la de M. Marin explica detalladamente esta materia. Este habil historiador, bien ilustrado por cierto sobre la historia árabe y cristiana, y mejor fundado que el manuscrito citado, no dice en ninguna parte que en esta época los caballeros hubiesen degenerado hasta el punto de ser los más perversos de todos los hombres, á pesar de haberse propuesto no perdonar á nadie al trazarnos fielmente la corrupcion de los orientales. Las fuentes á donde ha acudido son Jacobo de Vitri (1) y Marin Sanut (2). Lejos de hallar lo que Fleury se ha atrevido á consignar, ninguna mencion hace de los caballeros, ni tampoco con el nombre general de regulares por el cual dichos autores entendian los monjes, freiles, religiosos y capellanes. En cuanto á lo que añade en general, que no guardaban tratados ni palabra con los infieles, esta acusacion no es menos atrevida que las antecedentes. Por poco versado que se esté en la historia de las cruzadas, se sabe que la ruptura y falta de fe de los cristianos provenia ordinariamente de parte de los nuevos desembarcados, los cuales, poco inquietos de si los cristianos se hallaban ó no en paz, se avergonzaban de volverse á su pais sin haber antes guerreado con los infieles; y en tanto es así, que los sicilianos el año siguiente comprometieron á los cristianos para poner sitio á Alejandria durante la tregua hecha con los musulmanes. Los sacerdotes, dice un autor moderno (3), creian poder dispensar los juramentos hechos á los infieles, considerando como una accion santa engañar á los enemigos del cristianismo. Por lo tanto es en vano querer probar por la infraccion de los tratados, el que los caballeros fuesen los más perversos de todos los hombres, cuando este vicio era el de los sacerdotes y de la nacion.

No pretendemos extendernos mas sobre el Bateniano asesinado, que nos conduciria demasiado lejos, por lo demás, no queremos disculpar á Dumesnil; su accion es inexcusable, y seria indigno de la historia querer borrar dicha mancha á expensas de la verdad; pero la falta es personal, y la firmeza que tuvo el Gran Maestre para no entregar al reo, no prueba que aquel le hubiera aconsejado ni autorizado, sino que deseaba fuesen respetados los privilegios, á fin de tranquilizar los espíritus contra el temor de verse condenar á una muerte deshonrosa por causas ligeras, como habian sido poco tiempo antes ahorcados doce infortunados Templarios por orden de Amauri, sin forma de proceso, por haber rendido un fuerte que no podia defenderse.

Debemos consignar en honor del Gran Maestre, Odon de S. Amando, que hasta aquí los Templarios no habian tenido un jefe más celoso por la

(1) Jacob. Vit., cap. 69, 70, 71, 72, 87, 88.

(2) Mar. Sanut, lib. 3, part. 8, cap. 5 y 6.

(3) Hist. de Saladino, lib. 3, pag. 211

conservacion de sus privilegios; y este celo y firmeza le han hecho calificar de personaje orgulloso y altivo por Guillermo de Tiro y sus copistas.

En este año 1173 por el mes de mayo murió el sultan Noradino, y en 11 de julio falleció tambien Amauri rey de Jerusalem. Al primero sucedió su hijo Saleh, de edad de 11 años, y al segundo su hijo Balduino de 13. Noradino, segun la historia no tenia vicios; conocidos, pero sí grandes cualidades, á diferencia de Amauri que poseia pocas virtudes y gran número de vicios; abrumaba los vasallos con impuestos, porque decia que un soberano debia ser rico. El sultan por otra parte se consideraba el tesorero de los musulmanes, y en efecto parecia el depositario del tesoro público. La devocion del uno consistia en frecuentar la iglesia y llevar reliquias pendientes del cuello; la del otro era levantarse por la noche para orar, no llevando ni sedas, ni oro, ni plata; el uno era negligente en la administracion de la hacienda, no admitiendo observaciones de ningun género sobre este asunto; el otro arrojaba de sus estados á los usureros y agiotistas, estableciendo un tribunal de justicia para reprimir los vejámenes que los emires ejercian sobre los pueblos; el uno mandaba edificar hospitales, mezquitas y monasterios para religiosos mahometanos; el otro atentaba á las inmunidades y privilegios del clero, reducía las iglesias á la indigencia, obligándolas á pagar lo que no permitian sus facultades. Noradino, excitado por los suyos para aprovecharse de la muerte de Balduino III á fin de que atacase á los cristianos, habia contestado que no era hombre para aprovecharse de la desgracia de otros. Amauri, menos generoso, apenas supo la muerte de dicho sultan, atacó á los musulmanes, porque creia hallarlos sin defensa, pero se engañó. La sultana viuda de Noradino le detuvo delante de Paneas por espacio de quince días, obligándole á levantar el sitio y aceptando proposiciones de paz; en esta expedicion contra Amauri la enfermedad que acabó sus días.

Con la muerte de Amauri subió al trono su hijo Balduino IV. Este príncipe, nacido con grandes enfermedades, puede decirse que reinó muriendo á cada paso, y durante su menor edad, fué regente Raimundo III, conde de Trípoli, su más cercano pariente. Durante la misma, las fuerzas cristianas iban disminuyendo á medida que el poder de Saladino aumentaba extraordinariamente. Este afortunado capitán, despues de haberse apoderado de la mayor parte de los estados de Noradino, de concierto con su viuda, con la cual se casó, habia entrado en Damasco. El conde de Trípoli, regente del reino, alarmado de la pujanza de un vecino tan temible, reunió todas las fuerzas posibles, y las acantonó hácia la parte más amenazada. Esto sucedia en 1174.

El año siguiente, 1175, la historia nos ofrece acontecimientos desgraciados para los orientales, disensiones entre los grandes con motivo de la regencia, y las frecuentes ventajas que alcanzó Saladino; el cual como

hábil político supo aprovecharse de la menor edad de Balduino IV y del joven sultan Saleh á fin de realizar sus proyectos.

En 1176, Felipe conde de Flandes desembarcó en el puerto de Acre con un refuerzo considerable, llevando por objeto visitar los Santos Lugares y medir sus fuerzas con Saladino. A su llegada, los dos Grandes Maestros á la cabeza de la nobleza le ofrecieron el gobierno del reino, por cuanto era general el descontento del conde de Trípoli, que se habia apoderado de la regencia. Pero el conde de Flandes rehusó admitir el gobierno que se le ofrecia, contestando que habia ido á la Palestina para cumplir su voto, y no para recibir honores ni ejercer autoridad; y sin perder tiempo se puso á la cabeza de sus tropas, sin cuidarse si los infieles guardaban ó no los tratados con los cristianos, y empezó las hostilidades devastando las comarcas de Damasco y Alepo, auxiliado por una gran parte de las fuerzas orientales.

1177. Saladino irritado por las reiteradas infracciones de los tratados de tregua, salió de Egipto con un ejército de 26,000 caballos, y avanzando hácia las costas marítimas de Palestina, se acampó entre Ascalon y Ramla. Balduino desconcertado por la proximidad del enemigo, apenas pudo reunir 3,000 hombres de infantería y 400 caballos, á los cuales se unió el Gran Maestre del Temple con 80 de sus caballeros; mandando retirar la guarnicion de Gaza: las demás fuerzas del reino se hallaban entonces ocupadas en levantar los muros del castillo de Hama bajo la direccion del conde de Flandes y del regente de los Hospitalarios. Balduino á pesar de sus enfermedades continuas y de la desigualdad del número no titubeó en correr á la defensa de sus fronteras. Saladino presentó la batalla, pero se evitó ésta á propósito, encerrándose en Ascalon para entretener al enemigo.

Esta circunstancia fué causa de que Saladino, despreciando la debilidad de su rival, descuidó sitiarle, esperando tomarla cuando quisiera. Con esta persuasion dividió su ejército en diferentes destacamentos, que llevaron el hierro y fuego á las comarcas vecinas. S. Amando, Joscelin Balean y otros señores que componian el consejo del joven rey, advertidos de las disposiciones del sultan, y viendo al enemigo considerablemente disminuido, creyeron llegado el momento de atacarle con ventaja. En efecto, combinado el plan, salieron de Ascalon á favor de una noche oscura, y por caminos desviados avanzaron en buen orden hasta las líneas musulmanas. Saladino se apercibió, pero tarde, de la falta que habia cometido; los cristianos se arrojaron con intrepidez y furor contra el enemigo; no obstante éste opuso tal resistencia, que obligó á replegarse á los primeros; pero volviendo éstos á la carga rompieron el cuerpo de los mamelucos, matando á su comandante y penetrando hasta el lugar

en donde Saladino estaba atrincherado, lo que le causó tal espanto, que abandonando el campo, huyó con precipitacion sobre un dromedario. La derrota de los egipcios fué general: los que pudieron escapar del campo de batalla murieron unos de sed y hambre, atravesando los desiertos de la Arabia, y otros desarmados y cansados perecieron á manos de los paisanos, los cuales bajando de las montañas acabaron con ellos con piedras y bastones, como si fueran bestias feroces (1). Los destacamentos que Saladino habia enviado para forrajear y robar, fueron derrotados ó hechos prisioneros.

Balduino, si adquirió esta gloria, tuvo que compartirla con Odon de S. Amando, Renaldo de Chatillon, librado poco antes de su cautividad, y algunos otros señores. Los condes de Flandes y de Trípoli se hallaban entonces delante de Hama, que se vieron obligados á abandonar. Desde allí pasaron á Harem, plaza fuerte situada entre Alepo y Antioquía. Balduino se reunió á aquellos con su ejército victorioso; se tuvo sitiada la ciudad por espacio de cuatro meses, hallándose la guarnicion en grande aprieto y en vigiliias de rendirse; pero Salhe, conociendo la avidez de los francos, corrompió con regalos al conde de Trípoli, el cual fué el primero que se retiró; despues siguieron los otros barones, y por fin el rey que, tentado como los otros, recibió una grande suma y levantó el sitio; lo que causó general asombro á los Templarios, Hospitalarios y demás jefes incorruptibles del ejército cristiano. Este comercio reprehensible de un príncipe católico con los infieles fué causa de funestas consecuencias para el porvenir de los latinos (2).

El abate Vertot en su historia de Malta, llama á esta convencion un comercio infame; no obstante preguntaremos, ¿no era permitido á los cristianos fatigados en extremo con un sitio de cuatro meses el poder transigir con el enemigo sin deshonorarse? ¿Se sabe la suma que se recibió, si equivalia á la plaza que se abandonaba? Lo positivo es que los Templarios no tuvieron ninguna parte ó participacion en este convenio, por cuanto Guillermo de Tiro no les hace ningun cargo, que por cierto no lo hubiera disimulado. Si Roger de Hoveden insinúa que á consejo de los Templarios se aceptaron los ofrecimientos de Saleh, es tan poco digno de fe sobre esto como sobre lo que añade de que el sitio duró no más que un mes, que el oro y la plata entregada, á la mañana siguiente se hallaron convertidos en cobre, y que en la última batalla habia bajado del cielo un ejército para luchar contra los 500,000 soldados de Saladino, lo que todo es una pura imaginacion (3).

(1) Hist. universal traducida del inglés, t. 16, pág. 317.—Guill. de Tiro, lib. 21, cap. 23.—Hist. de Saladino, lib. 4.

(2) Hist. de Saladino, lib. 4.

(3) Roger de Hoveden año 1177.

A pesar de los estragos que la peste y el hambre hacían en la Siria el año 1178, los Templarios pidieron á Balduino IV la autorización para levantar una fortaleza dentro del territorio de Saladino, un poco más allá del Jordan, llamado el vado de Jacob, con el fin de contener las correrías de los árabes. Lograda la permisión, se empezó la obra en el mes de octubre, y para seguridad de los trabajadores acampó el ejército cristiano en la llanura vecina. Saladino, viendo el peligro y la importancia de esta plaza en construcción, trató de impedirlo, y á este objeto mandó á sus generales inquietasen al ejército cristiano; pero al ver que sus disposiciones no habían interrumpido el que se hubiese acabado la fortaleza en seis meses, y que los Templarios la guarnecían, pues que ellos habían sufragado los gastos, el mismo Saladino se puso en marcha con el grueso de su ejército para dar la batalla á los cristianos, á los cuales encontró á tres leguas de dicha fortaleza, logrando atraerles á una emboscada que tenía preparada, en donde experimentaron grandes pérdidas.

Después de esta funesta batalla, Balduino se quedó atrincherado en una montaña, y los barones, impacientes de reparar las pérdidas que habían sufrido, le aconsejaron que fuese al encuentro del enemigo; y siguiendo este dictamen, se colocó el ejército cristiano entre el Jordan y el campo musulmán. Saladino, que no esperaba semejante movimiento, se sorprendió, por cuanto esta posición impedía la vuelta á su campamento del destacamento de forrajeadores y la unión del cuerpo de mamelucos. Inminente era el combate, cuando los mamelucos aparecieron á la otra parte del río, y se echaron á nado resueltos á abrirse paso, atravesando las filas del ejército cristiano. Este, al ver tal bravata, ataca á los temerarios mamelucos; la mayor parte perece, y quedan en poder del cristiano su convoy y despojos, persiguiendo á los fugitivos á toda brida. Este brillante suceso ocasionó la derrota del ejército cristiano, por cuanto al querer perseguir al enemigo lo hizo con tal desorden, que Saladino, al percibirse de ello, contuvo á los fugitivos, y con el grueso del ejército se abalanzó contra Balduino, que no pudo resistir aquel empuje. La acción duró poco; solamente estuvieron firmes é hicieron prodigios de valor y proezas de eterna fama los dos grandes Maestres del Temple y Hospital, los cuales, al frente de sus escuadrones de caballeros, y á pesar de hallarse envueltos por innumerables enemigos, vendieron caras sus vidas, matando á cuantos se ponían á su frente. Odon de San Amando, que había apoyado la retaguardia del rey contra una colina, se halló solo con los Hospitalarios y el conde de Trípoli, por lo que le fué necesario ceder á la fuerza. El rey se salvó por milagro; el conde de Trípoli huyó á Tiro; el Gran Maestre del Hospital Joubert, cubierto de heridas y con algunos Hospitalarios, pasando á nado el Jordan, se refugió al castillo de Belfort. En cuanto al bravo Maestre del Temple se defendió hasta el extremo; y hu-

biera muerto en la lucha desesperada que con sus caballeros sostuvo contra los sarracenos, si estos no hubiesen querido cogerle prisionero.

Concluida la batalla, Saladino al ver la multitud de muertos que cubrían el campo, y el número de prisioneros, avanzó incontinenti contra la nueva fortaleza, la cual después de una vigorosa resistencia fué tomada por asalto casi á la vista de Balduino, que no se atrevió á socorrerla. El primer cuidado del vencedor fué ordenar la demolición completa de aquel fuerte. Todos los Templarios que cayeron prisioneros de aquel castillo, después de haber sufrido los groseros insultos de la soldadesca, fueron aserrados de medio cuerpo con una crueldad inaudita, y que apenas se concibe con el carácter de Saladino. El menologio del Cister hace memoria de estos caballeros el 14 de junio, como discípulos de san Bernardo, muertos en odio de la religión (1). Solamente se perdonó la vida á algunos de los más notables, que se enviaron á Damasco cargados de hierros (2), y entre estos se hallaba el Gran Maestre del Temple, Fr. Odon de S. Amando, que prefirió morir en el cautiverio, antes que consentir en un canje que consideraba como un ejemplo de peligrosas consecuencias.

Después de la batalla, Saladino mandó le presentasen al Gran Maestre, al cual ofreció la libertad á condición de devolverle á un emir su sobrino, prisionero de la Orden, á cuya proposición respondió el Gran Maestre: «A Dios no plazca que yo dé á mis súbditos un ejemplo tan pernicioso pues con él les autorizaría á rendirse prisioneros con la esperanza del canje. Un templario no debe dar más por su rescate sino su cinturón ó su cuchilla. Vencer ó morir, esta es mi divisa, este es el espíritu de la Orden (3).» Así pensaba esta alma grande, espíritu vigoroso, inquebrantable y valiente, que Guillermo de Tiro nos describe como un genio amasado de maldad, soberbia y arrogancia, como un hombre brutal que no temía á Dios ni tenía consideración á nadie (4). El abate Fleury añade para acabar el retrato: «Tanto había ya degenerado esta Orden (5).» Al lector desapasionado toca decidir cuál de los dos es más reprehensible, Fleury que concluye de particular á general en materia de costumbres, ó Guillermo de Tiro, que manifiesta de una manera tan indecorosa su aversión por San Amando. Después de frases tan inconvenientes, no debe causar extrañeza si los antiguos que copian (6) ordinariamente á este historiador sobre toda otra materia, le han abandonado sobre lo que se permite contra los caballeros del Temple. En efecto, nada se halla en la conducta de este

(1) Menologium Cisterciense, pag. 191.

(2) Bernardus Thesaurarius: De acquisitione Terra Sanctae, cap. 139.

(3) Roberto de Monte, pag. 668. Item, Trivet, Chron., año 1180.

(4) Guill. de Tiro, lib. 21, cap. 29.

(5) Hist. Eccl., tom. 13, pag. 193.

(6) Jacob. Vitriac., cap. 19, 70, 71, etc.—Mar. Sanut, lib. 3, pag. 8, cap. 5, 6.—Bernard, Thesau., cap. 113.

Gran Maestre que haya merecido semejante tratamiento; su firmeza en el asunto de Dumesnil, la adhesión que mostró por las inmunidades de la Orden, es cuanto se le puede echar en cara.

El historiador de la Orden de Malta comete también una inexactitud, al asegurar que Odon de S. Amando salió de su cautiverio y volvió á Jerusalén. Nosotros tenemos pruebas de lo contrario en la Crónica de Trivet y en otras partes (1). El Gran Maestre murió en Damasco, después de algunos meses de su cautividad (1180). Su celo ciertamente, no se había limitado á resistir á los enemigos del nombre cristiano, pues también había procurado poner fin á algunas diferencias hasta entonces indecisas, originadas entre los procuradores de las dos Órdenes, con motivo de algunas sumas de dinero que debían repartirse entre ellas, y de muchas tierras sobre cuya posesión entrambas disputaban.

Estas Órdenes se hacían rivales, á proporción de la necesidad que había de ellas, pero esta rivalidad no había llegado á una ruptura estrepitosa; lejos de esto, todas las veces que los Templarios mandaban al Oriente refuerzos considerables, los Hospitalarios por su parte, como cosa de honra, hacían otro tanto, y aun procuraban sobrepasarlos: y en este tiempo no habían llegado á las manos, como dice el abate Vertot (2), por cuanto esto no tuvo lugar sino mucho tiempo después, cuando los Hospitalarios sitiaron á los del Temple en un castillo, como veremos más adelante.

Fr. Odon de S. Amando, resuelto á poner fin á dichas diferencias, concluyó un tratado con el Gran Maestre del Hospital, concebido en estos términos:

«En el nombre del Padre, etc.

«Nos Odon de S. Amando, humilde Maestre de la milicia del Temple, y Nos Roger des Molins, Maestre de la casa del Hospital, hacemos saber á todos, presentes y venideros, que para obedecer á la voluntad de Dios y á las órdenes de nuestro señor el papa Alejandro, á quien solamente debemos obedecer después de Dios, Nos hemos terminado, de consentimiento de nuestros capítulos, voluntariamente y de una manera irrevocable, todos los debates originados entre las dos Órdenes, tanto de la otra parte de mar como de esta, con motivo de nuestras tierras, cantidades y cualesquiera posesiones, con estas cláusulas y condiciones.

«Nos queremos y estatuímos que en virtud de este acuerdo, que es una renovación de la unión fraternal entre nosotros, y como á término de nuestras querellas, cada una de las dos Órdenes goce de aquí en adelante pacíficamente de todo cuanto se halle en actual posesión, tanto en esta como en la otra parte de mar.

(1) Roberto de Monte, loco citato.

(2) Vertot: Hist. de la orden de Malta. lib. 2. pag. 182.

«Que si acontece algún nuevo motivo de disputa entre nuestros hermanos, ó entre Nos y sucesores nuestros, Nos ordenamos que, conforme á la intención del Soberano Pontífice, sea terminado el asunto por caballeros escogidos de una y otra parte, á saber, que los Preceptores de provincias ó casas lo deliberen entre ellos, y lo resolverán absolutamente, llamando por árbitros cada cual de su lado á aquellos de su Orden que se creará ser los más expertos y mejor dispuestos á contribuir al restablecimiento de la paz, y dar á cada uno lo que sea de derecho.

«Que si estos árbitros no pudieran convenirse entre sí, se remitirá el asunto á amigos comunes, al juicio de los cuales será necesario atenerse, y todas las veces que la pluralidad de los votos, tanto de los caballeros como de los amigos comunes, se hubiere pronunciado, el asunto quedará terminado y juzgado, y la paz restablecida.

«Si no fuera posible obtener un juicio definitivo por semejante medio, el asunto será remitido por escrito á nuestro Tribunal, y hasta tanto que Nos lo hayamos terminado, los súbditos de las dos Órdenes vivirán en paz y buena inteligencia, y si algunos de entre ellos dan el menor motivo perturbando esta unión, sepan y entiendan que es contra la intención de sus jefes, contra los estatutos de sus capítulos, y que no pueden satisfacer á esta falta, sino presentándose á Nos y á nuestro Consejo.»

Este convenio fué firmado por los dos Grandes Maestres y remitido al Papa, quien lo confirmó en estos términos:

«Alejandro Obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestros amados hijos el Maestre y hermanos de la milicia del Temple, salud y bendición apostólica. Cuanto más vuestra casa y la de los Hospitalarios se hacen agradables á Dios y á los hombres, y necesarias á la Iglesia de Oriente, tanto más Nos debemos regocijarnos de la unión que existe entre ellas, y trabajar á fin de que no se dividan de aquí en adelante. Por cuya razón Nos ratificamos y confirmamos el convenio que habeis concluido tocante á las disputas que mediaban entre vosotros desde mucho tiempo, y deseamos que sea para siempre.»

El Papa concluye exhortando á los caballeros de las dos Órdenes que «aprovechen todas las ocasiones para prestarse mutuos servicios, concurriendo unánimemente á la utilidad de las dos casas, y haciendo ver por su conducta, que aunque la institución sea distinta, el lazo de la caridad debe unirlos para que parezca una sola orden militar (1).

Esta bula datada en Segni no puede ser del tiempo que se le señala, á saber de 1182, pues antes de dicho año Odon de S. Amando ya había muerto, lo mismo que Alejandro III.

(1) Rimer: Pacta, conv. niones, etc., tom. 1, an. 1182.